

La estación quedaba en el antiguo acceso noreste a la ciudad, donde hacía cien años recibía pasajeros, granos de las colonias y verduras frescas de las quintas. Ahora ningún tren llegaba hasta los andenes y apenas se veían tres o cuatro vagones de carga dispersos a lo lejos, entre montañas de arena al sol y piedras de adoquín molido.

Con el tiempo ese acceso se convirtió en Candiotti, un barrio que se extendía desde el río, bajaba por el bulevar y perdía su fisonomía un poco antes de llegar al centro. La estación había quedado en el corazón de Santa Fe y había vivido su época de oro hacia la mitad del siglo. Cincuenta años después estaba abandonada pero abierta a los visitantes y parecía un granero viejo, si es que un granero puede ser nuevo alguna vez: tierra seca, cagada de pájaro, una paloma que se suelta de una viga para volar hasta la otra, un croto durmiendo en un rincón.

Leo amaba barrio Candiotti. Cuando tuvieron que mudarse a la otra punta de la ciudad porque él estaba sin trabajo, Leo soñaba con volver. El hermoso supermercado, la hermosa peluquería, la hermosa escuela nocturna. Los kioscos que te guiaban de noche con el brillo de sus heladeras. El taller de chapa y pintura que desde temprano empezaba a los chispazos cuando los chicos caminaban para el colegio. Había sido un gran esfuerzo para la joven familia alquilar una casa ahí. Y ahora que lo habían conseguido, él iba a separarse.

Eligieron un banco al final del andén derecho donde todavía daba el sol y prendieron un porro mientras Sofía tiraba a las palomas el pan del día anterior. El grupo de

palomas no era tan numeroso como otras veces, apenas unas cinco, pero con eso sería suficiente para pasar el domingo. Además, un momento después, Sofía encontraba un gato entre los rieles. El gato parecía escapar pero se frenaba para esperarla. Entonces ella lo volvía a acariciar.

—Andá fijate —le dijo Isa a Leo y sostuvo el porro. Él se acercó por el andén y el gato se adelantó unos pasos.

—Mirá, le puse Miau —dijo Sofía. El gato se había frenado. Leo lo miró: era uno de esos gatos que alimentaban los vecinos pero que solamente acariciaba el sereno de la estación. Engordaban a los gatos para mantener las ratas a raya. Parecía un gato sano. Era completamente negro.

—El negro Miau.

—Ja ja, el negro Miau —festejó su hija y volvió a jugar con el gato.

Leo volvió al banco. Dijo que todo bien.

Otras dos familias con hijos chicos y una pareja de viejos bien vestidos estaban también en la estación aunque no pasaban de las boleterías. Isabel dio un par de secas profundas y saturó sus pulmones. Leo miró la línea de la sombra hasta que la vio avanzar. No iba a decir nada, pero lo dijo:

—La vi.

—Qué cosa —dijo ella y soltó un humo liviano; la parte pesada había quedado en su cuerpo.

—¿Qué hora es?

—Las cinco serán.

—Estoy seguro de que cambió la hora. A veces me doy cuenta por la luz.

Ella no dijo nada. Apagó el porro con una gota de saliva y lo guardó en el pastillero con forma de corazón junto con otras dos tucas. Después guardó el tuquero en el bolsillo de su chaleco.

—Me repegó —dijo él.

Sofía se alejaba por el andén pero sabía hasta dónde llegar antes de perseguir al gato en dirección contraria, hacia el lugar en que estaban sus padres. Ese era el único movimiento hasta donde se podía ver: los monoblocks rojos de la costanera a un par de kilómetros de distancia.

—¿Ya sabes adónde vas a ir?

—Cómo.

—Si sabes adónde ir.

Leo la miró. Ella estaba sentada de chinita y le sostenía la mirada. Él tuvo que pensar en la pregunta por tercera vez.

—Sí —dijo al final.

Su hermano Juan había encontrado para él una casita en el norte de la ciudad. Juan se había encargado de todo, el trato estaba cerrado. La noche en que él y su hermano visitaron la casita, ella no le preguntó adónde había estado. Ahora Leo no necesitaba dar explicaciones. Comía algo por ahí y de vuelta abría la puerta y buscaba la luz. Eso era lo más difícil. Después se tiraba en el sofá.

—Es una casita pasando el barrio de los judiciales, al borde del río —agregó él.

—Está bien.

—Es un poco lejos.

Ella ni siquiera pestañeó. Se atenía a un nuevo plan.

—¿Cuándo te vas?